

para los que velan, y el infierno para los que duermen. *Estad en vela*, nos dice Jesucristo, *porque os sorprenderá el Hijo del hombre en la hora que menos lo penséis.*¹

Mas la vigilancia cristiana, dejará de ser lo que debe, y por tanto, no producirá sus efectos en la inalterable conservacion de la gracia que nos hace perseverar hasta el fin, si carece de los requisitos esenciales que la constituyen perfecta. ¿Cuáles son estos? yo los reduciré á cuatro, la *nobleza*, la *prevision*, la *constancia* y la *firmeza*. Dadme estos requisitos en el que vela, y yo os daré la bella imagen de la virtud sobre la tierra, divinamente personificada en los verdaderos discípulos de Jesucristo.

Cuando busco, Señores, en la vigilancia cristiana un carácter de nobleza, como requisito de primer orden, para que siendo lo que debe ser, produzca sus bellos efectos, quiero referirme á los motivos que deben principalmente determinar nuestra vigilancia, no ménos que á la conducta que esta debe tener. En las almas verdaderamente grandes, cuya fidelidad crece como la bella flor de los desiertos en medio de las espinas, entre las áridas peñas y al embate de todos los vientos, la vigilancia se inspira siempre del amor y se funda y perfecciona en la caridad. „Ama, decia San Agustin, y haz lo quieras.” ¿Os inspira, Señores, la sincera detestacion del pecado por los motivos elevados y augustos que nacen de la contemplacion de Dios en su naturaleza perfectísima, en sus atributos soberanos y en sus relaciones todas con la humanidad? Pues yo os aseguro que tenéis mucho adelantado para la posesion inalterable de esta

(1) Math. cap. XXIV, v. 42.

preciosa virtud. ¿Os habéis determinado y resuelto á emprender la gloriosa carrera de los sacrificios sobre un propósito bien formado? ¿Este propósito ha echado profundas raíces en vuestro corazon por el pensamiento de vuestros altos destinos? ¿Vuestra decision por la divina lei nace de un concepto perfectamente formado sobre el mal de la culpa como una causa que corta vuestras relaciones de consecuencia, de sumision y de esperanza con el Dueño Supremo de la gloria? Alegraos pues, hermanos míos, alegraos en el Señor que da la gloria á su nombre, colmando la medida de sus gracias en favor de sus escogidos.

Sí católicos, la nobleza de los motivos en el perseverar engendra una especie de carácter que nace del conocimiento y amor que produce en el alma la naturaleza perfectísima y la bondad suma de Aquel que ha encerrado sus designios para con el hombre y recapitulado sus títulos al rendido y amoroso vasallaje de toda la humanidad, mostrándose á la luz de la fe con los títulos sublimes de Criador, Salvador y Glorificador. Yo bien sé que la naturaleza siempre frágil, los sentidos siempre seductores, la carne siempre rebelde, quieren arrastrarnos de continuo fuera del sendero que corre de la euna á la bienaventuranza; pero sé tambien, que cuando se tiene una idea bastante digna del Ser Supremo, cuando se abrigan sentimientos nobles y delicados, cuando el alma sabe abrirse á la gratitud, cuando se considera bien la prodigiosa elevacion á que se encumbra quien consigue avasallar á sus enemigos para no abandonar ni un solo instante los intereses del cielo, es difícil sobre toda ponderacion la derrota, como es probable y fácil, cuando el hombre no se mueve sino por impulsos tenues, pensa-

mientos pasajeros y fugitivas emociones. He aquí porqué considero de la mayor importancia la nobleza de los motivos que nos determinen á estar siempre vigilantes.

El segundo carácter de la vigilancia debe ser la prevision: porque difícilmente escapa de las redes de sus enemigos el que no sabe evitarlas con la debida cautela. ¿Quién lo creyera? Mas en el conjunto de las causas que concurren á precipitar de nuevo á los infelices reincidentes, tiene una y no pequeña parte la imprevision. No quiere decir eso, católicos, que el hombre llegue á encontrarse nunca en una completa oscuridad sobre este punto, no: desde que el Divino Fundador del cristianismo dijo, formulando la oracion: *no nos dejes caer*, era ya un hecho incuestionable para todos el riesgo de una nueva caída. Mas esa prevision vaga y genérica, que todo lo ve al primer golpe, que todo lo teme, que todo lo cree posible sin fijarse en cosa alguna, es la impotente mirada de los necios, es, si me permitís la frase, el inerte de bobear los tibios y perezosos. La prevision que caracteriza la perseverancia es otra cosa, señores: es la mirada prudente del alma sobre el peligro, es la relacion bien entendida entre los obstáculos y las fuerzas para vencer, es el cálculo de una virtud sábia obrando incansablemente sobre las dudas del porvenir: la vigilancia del que persevera por principios bien fundados, siempre es personal y determinada: es personal, porque se funda no en las ideas genéricas del hombre moral, sino en el conocimiento práctico del individuo interior.—¿Qué me sucederá? ¿qué linaje de tentaciones vendrán á sorprender mi virtud?—He aquí las preguntas que se hace quien intenta realmente incorporarse mas y mas con la práctica de la justicia en la sociedad de los santos.

¿Cómo resolver esta cuestion, que se agita toda y sola en el campo del porvenir? por los datos que suministran, católicos, los desengaños propios, las experiencias personales, las tendencias del carácter, las pasiones que predominan y el dictámen de la conciencia. Sábese muy bien, que el mundo moral no tiene por ninguno de sus aspectos limpio y despejado horizonte: se diria que su espacio es un imaginario vacío, porque en la realidad está por todas partes henchido de peligros. La Iglesia no es militante sino porque no vaca un momento solo de la contienda, y porque de continuo, y bajo todos aspectos, y en todos sentidos, y en todas partes nos combaten y persiguen nuestros enemigos. Mas habéis de saber que no todos estos riesgos son iguales para todos, y el arte de las precauciones tiene una aplicacion práctica y segura, porque consiste, no tanto en destruir la existencia cuanto en evitar la accion del enemigo que nos ataca. ¿Dónde está pues el peligro? donde se hallan las ocasiones. ¿Dónde se hallan estas? no en todo el mundo moral, sino solo en ciertas partes: allí, donde se alberga y prepara aquella clase de enemigos que, mas íntimamente relacionados con nuestras inclinaciones y carácter, nos embisten con mayor tenacidad, y luchan con mayor esperanza de vencernos.

Ved aquí, Señores, el punto crítico que debe recoger toda nuestra prevision. Quien así prevee, difícilmente sucumbe. Nuestras fuerzas para el combate parecen estar en razon directa de la distancia. ¿Por qué? porque en la distancia están todos los recursos, en la distancia están todas las precauciones, en la distancia están todos los elementos de la victoria. Apelad á vuestra propia experiencia: ¿qué os ha sido mas fácil, cambiar de rumbo

para no encontraros con el enemigo que columbráis, ó realizar la fuga cuando ya enfrente de él os encadena con su atraccion peligrosa?

¡Ah! ¡cuán diversa seria la suerte de los hombres, si una sábia prevision marcara siempre los pasos de su conducta! La mayor parte de las caidas son efectos de la sorpresa, como la mayor parte de los vicios son hijos de una imprudente caida. *Velad, hermanos míos*, decia el Apóstol San Pedro, *pues á la manera de un rugiente leon, el enemigo de vuestras almas gira de continuo al rededor vuestro, buscando solícito una incauta presa que devorar.* ¹

Mas no basta, Señores, prever de continuo y prever con exactitud; es necesario obrar en el sentido de esta prevision misma, trasplantando al campo de la vida práctica las máximas que atesora nuestra vigilancia interior en la meditacion de los peligros. Si una sorpresa puede hacernos caer por falta de vigilancia, una debilidad podria precipitarnos por falta de consecuencia entre nuestra prevision y nuestra conducta. Esto quiere decir, que nuestra vigilancia debe ser *constante*. Bien sabéis que los enemigos nunca dejan de atacar: ¿qué sucederá, si el hombre deja de resistir? Mui bien se concibe una victoria felizmente adquirida, cierto tiempo santamente pasado; pero lo que no se ve de ordinario es la permanencia del hombre en los caminos de la virtud. Jesucristo nos dejó advertido, que ha de venir el Hijo del hombre, como un ladron, al peso de la noche; que ha de sorprender, para cortar el curso de la vida en el momento ménos esperado. Todas estas cosas bastan á la prevision, mas ponen miedo á la constancia. Las diez vírgenes de la parábola todas preveian, y no solo preveian, sino que esperaban de

(1) Ep. I. c. v. v. 8.

seguro; pero cinco de ellas se permitieron una tregua para rendirse al sueño: ¡tregua fatal! pues sorprendidas sin luz, fueron excluidas del banquete divino. *En el estadio*, dice San Pablo, *todos corren*, y por lo mismo, católicos, todos preven; *pero uno solo reporta el premio* con el triunfo, porque uno solo corrió sin parar, uno solo fué constante: *omnes quidem currunt, unus accipit bravium.* ¹

¡Mas cuál es, hermanos míos, la causa mas comun de la inconstancia humana? la debilidad del carácter, la cobardía del corazon. Aunque el hombre esté ciego y corrompido hasta el extremo, nunca deja de presentir los encantos de la virtud, ni de reconocer el mérito y la superioridad de los justos. Esto quiere decir que si reincide, no es ya por falta de luz, sino por falta de fuerza, y esta falta resulta de que no hai hábitos bien formados por la constancia, no hai precauciones bien tomadas por la prevision, ni conceptos bastante sublimes por la nobleza. Almas hai mui desgraciadas que conocen á Dios, pero que no le buscan; que preven los riesgos, pero no los evitan; que pasan bien algun tiempo, pero se cansan; que desean la victoria, pero con tanta cobardía, que son á cada paso vencidas. *Sed firme en el camino del Señor*, dice el Eclesiástico, ² dándonos á entender que la vigilancia, cuando no cuenta con la garantía de la firmeza, es impotente contra los embates de la tempestad. He aquí, Señores, aquella estabilidad á que se refiere San Pablo en su Epístola primera á los corintios, aquella inmovilidad esforzada que no cede ni á los mas terribles asaltos, aquella perseverancia inflexible en la disciplina, de que habla con tanto zelo á los hebreos; ³ y he aquí la condicion indispensable que debe llenar todo cristiano, para no perder los derechos que

(1) I Cor. IX, 24.—(2) Cap. V.—(3) XII, 7.

le otorgan á la posesion de la felicidad, como dice San Juan, los tesoros que haya podido acopiar en la práctica de la virtud. ¹

Católicos, la suma importancia del asunto que os predico me ha obligado á traspasar un tanto los límites regulares de esta clase de discursos. He querido reunir aquí los principios, las reglas y las máximas con esos fuertes motivos que, despertando con viveza los grandes temores y las dulces esperanzas, ponen en juego con los resortes del entendimiento y la voluntad, los elementos de la perfeccion y de la virtud. Nunca me causará una gran pena, hermanos míos, el merecer alguna censura de la crítica literaria, con tal de arrancar de vuestros ojos una lágrima de penitencia, y decidir vuestro corazón á la empresa sublime, á la gran conquista de la perseverancia final.

Ella es el bien mas precioso que puede fijar nuestros deseos, así como la impenitencia nunca dejará de ser el mas funesto y terrible de cuantos males pueden alarmar el corazón.

Sin duda alguna que el secreto de la predestinacion de cada uno está cubierto con el misterioso velo de la eternidad; pero Dios, que nunca deja sin recompensa el sacrificio, nos ha proporcionado un medio eficacísimo de presentir nuestros futuros destinos. Cifrando en la caridad el derecho de ser eternamente felices, dándonos en su lei el verdadero tipo de la caridad, prometiéndonoslo todo en el orden de la virtud, y siendo cierto que la gracia perfecciona la voluntad santificando sus inclinaciones, gobernando sus actos y facilitando sus triunfos; cada uno puede columbrar desde acá su futura posicion mas allá

(1) Ep. cap. IV. v. 8.

del sepulcro. La perseverancia constante perfecciona la naturaleza y aumenta la gracia: la perseverancia final seguirá pues la razon misma con que hayan caminado la naturaleza y la gracia en la carrera de la vida. ¡Verdad importante, católicos, que habéis observado á la luz de vuestra razon, descubierto en la historia, sentido en vuestra experiencia personal, y escuchado entre los oráculos de la fe!

Por una razon contraria, y aplicando las mismas reglas de crítica, mui sensiblemente habéis palpado, que la inconstancia en los caminos de la salvacion trae consigo, como otros tantos hechos de consecuencia, la mengua de todas aquellas causas que determinan la virtud, que apartan del vicio, ameritan las acciones, forman y arraigan los buenos hábitos, fijan el carácter y comunican á la voluntad un irresistible poder contra los enemigos de la eterna salud; que la muerte es como la vida, y que la veleidad en la conducta moral, laxando todos los resortes de bien, conduce por fin al hombre á esa impenitencia terrible que aprisiona, esclaviza y pierde para siempre al corazón humano en el lecho de la muerte.

Despues de haberos preparado con la exposicion de estas santas verdades á desear mas y mas, á buscar con una cristiana solicitud, á poner en práctica con una decision heroica los medios de perseverar, procuré ponerlos á vuestro alcance estableciendo la necesidad suma y las condiciones precisas de la oracion, fijando el carácter y poniendo á vuestra vista las cualidades que debe tener la vigilancia cristiana.

He hablado á vuestra razon con verdades, á vuestra imaginacion con ejemplos, y he procurado suministraros las luces necesarias para que, profundizando las

primeras y observando los segundos, comprendáis bien la perseverancia, viéndola personificada en el movimiento noble, previsor, constante y firme de esas almas privilegiadas que, puestas de continuo entre Dios y sus enemigos, atraen con una mano las gracias del cielo mediante la oración, y esgrimen con la otra las armas de la virtud, vigilando sin tregua, para no ser las víctimas de la sorpresa y de la debilidad en la no interrumpida lucha que cada uno de los que viven tiene que sostener con vigor en la tierra, si no quiere ser excluido del reino de los cielos.

¡Ea pues, católicos! no dejéis escapar de vuestras manos, cuando truene sobre vosotros la borrasca de la tentación, el rico presente de gracias, de merecimientos y de gloria que habéis conquistado con vuestras lágrimas en este santo retiro. Después de tantas meditaciones, de tantos desengaños, de alarmas tan terribles; después de haber agotado el caliz de las tribulaciones del espíritu en la contemplación de vuestra propia miseria, después de haberos sorprendido colocados en la pendiente de una ruta de abismos, por donde corríais precipitadamente al opuesto rumbo de vuestro último fin; después de haberos puesto frente á frente del pecado mortal, cuya imagen había pasado tantas veces desapercibida por vuestros ojos; después de haber visitado la tenebrosa mansión de los sepulcros con las antorchas de la justicia y de la fe para mirar de vulto en la eterna reprobación de los impenitentes el significado propio del temor de la muerte; después que latiendo el corazón al impulso del arrepentimiento, como latía de dolor y esperanza el del Hijo pródigo, habéis encumbrado vuestra mente á la colina de la redención, para echaros á los pies de la Gran Víctima

que conquistó vuestra libertad gloriosa con su sangre; después que trasponiendo los espacios y los tiempos habéis logrado ver en espíritu las perdurables luces que bañan perennemente las colinas augustas de la eterna Sion, y comprendido cómo una alma fiel mira volver á la nada estos mentidos placeres, estos intereses bastardos, estas ilusiones funestas, estas miserias de la humana ventura, estos goces emponzoñados que plantan y fecundan en el corazón el árbol de la muerte: después de todo esto, vuelvo á decir, y al daros la recíproca enhorabuena por el término feliz de este santo retiro, ¿volveréis, hermanos míos, á caer en las redes de vuestros adversarios, á recibir el tiránico, el infamante yugo de vuestras propias pasiones? Al seguir vuestra peregrinación por esta tierra extranjera, ¿inmolaréis al goce de un placer engañoso y momentáneo los intereses de vuestra felicidad, los sentimientos de vuestra patria? ¿Volveremos de nuevo á las regiones lejanas del pecado, para sufrir el hambre desoladora, y caer bajo el poder indómito del tirano, y apacentar animales inmundos, y á desear en vano su detestable alimento? ¿Sonará por último para nosotros la última hora del tiempo con el anatema de una eterna reprobación?

¡No lo permita Dios! antes que tal suceda, exhale nuestro corazón el último suspiro, ábranse para tragarnos los sepulcros, después de haberse cruzado por nuestras almas todas las tribulaciones y todas las penas de la vida!

¡Dios eterno! ¡Dios justo y misericordioso! dejad caer sobre nosotros una de esas miradas omnipotentes que hieren vivamente el corazón, trasforman al hombre y producen la santidad! Vos nos habéis traído aquí: vuestra es la palabra que hemos escuchado en la soledad: vues-

tras las inspiraciones que hemos venido á encontrar en el retiro, vuestro el portento de gracias que todos hemos recibido en esta vez: vuestro sea tambien ¡o Señor! el resto de nuestra vida; vuestro el último aliento que anuncie la partida de nuestras almas, y nuestros por los siglos de los siglos vuestro amor infinito y vuestro reino inmortal!—AMEN.



SERMON

SOBRE LA

EXCELENCIA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA,

PREDICADO

EN EL

CONVENTO DE MONJAS CARMELITAS

DE MORELIA

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.